

Defensa del paisaje

PEDRO FERNAUD

Las hoces del río Cabriel, por las que ha de discurrir un tramo de la autovía Madrid-Valencia, son de una belleza estremecedora. Aguas abajo de un embalse, el Cabriel se adentra en un valle profundo y angosto tras atravesar unas montañas afiladas como cuchillos.

No quiero entrar ahora en las implicaciones políticas del contencioso, que las tiene y muchas: es un verdadero ajuste de cuentas entre las baronías

socialistas. Pero más allá de las consideraciones políticas, uno simpatiza con Bono cuando declara: «Algo tan hermoso no puede destruirse por la soberbia técnica».

Nos estamos cargando el paisaje de España, lo que es un verdadero expolio cultural y sentimental a las generaciones venideras, que habrán de habitar un solar hispánico devastado por la codicia inmobiliaria y las pulsiones autodestructivas de sus moradores. Acabamos de salir

de un verano apocalíptico de fuego, humo y muerte, en que han ardidido extensas porciones de nuestro país acentuando su desertificación. Una gran mayoría de los incendios han sido intencionados: un sórdido atentado contra nuestro futuro como comunidad arraigada en su morada telúrica y sentimental. Ya nos enseñó Ortega que el paisaje es un elemento de identidad e identificación del hombre: «Dime el paisaje en que vives y te diré quién eres».

Quesada



Entre paréntesis

Mitterrand

LUIS MEANA

Setenta años de vida y un buen número de giros copernicanos fueron necesarios para que este hombre se convirtiera en la efigie casi perfecta de un faraón que lleva ya en vida el baño de oro de la muerte extendido sobre la cara como una crema: François Mitterrand, rey sol de una Francia republicana, y quien, de haber nacido en otro sitio y en otra época, habría sido seguramente Papa, pues está hecho para el despotismo ilustrado. Mitterrand ha sido como un Marlon Brando de la política que se ha pasado setenta años de su vida

representando un papel único: el de rey absoluto. Después de tan exhaustivo ejercicio, ha logrado lo que no ha sido capaz de lograr Rey alguno,

ni mucho menos ningún otro gobernante civil, a saber, representar con total perfección la dignidad del monarca, es decir, el de divinidad serenísima. En una era de oligofrenia política, François Mitterrand ha sido la joya que serena a súbditos, enemigos y coetáneos. En esa efigie perfecta podía descubrir a diario cada ciudadano de Francia el misterio del mando: que ni es carisma ni es autoritarismo, sino un gesto mayestático hecho del aura de la superioridad y un resto de desprecio. Lo mismo que lujo, dinero y joyas sirven para sedar la sensación de inseguridad y crisis de una época, hay

gobernantes que tienen en la política la función de la joya: estar sentados sobre el sitial del reino para sedar a sus súbditos transmitiéndoles la sensación de que el cielo ha mandado a un dios a nacer entre ellos. Eso ha sido François Mitterrand: una joya política para Francia. Con esa mirada, seca, dura y distante, en la que va mezclada la capacidad de aterrorizar de un zar, la astucia de un zorro y la gélida frialdad de un demonio, Mitterrand transmitía a sus súbditos la total seguridad de que por encima de ellos había alguien capaz de tener totalmente controlado el

infierno de la política, por muchos que fueran sus laberintos. Con lo que hacía que Francia durmiese tranquila en su cuna. Pero

también las efigies llegan a su estación término. Y en el Elíseo, nombre que tiene ya algo de templo recóndito y secreto, suenan ya las primeras campanadas de despedida. Las lejanas campanas de la muerte. Pero, como acaba de demostrar estos días en «Le Figaro», también en esa última representación va a mantener la actitud faraónica de efigie casi perfecta. Aunque nada le cueste a un rey sol tanto como doblegar su real cabeza, Mitterrand va a doblegarla tan hierático como Sócrates, aunque sólo sea porque así es como se hunden en su crepúsculo los dioses

Se ha pasado 70 años de su vida representando un papel único: el de rey absoluto

Lupanar

CARLOS GALLEGO



Un ciudadano de Almería ha tenido la osadía de piratear Canal Plus y ha pagado su fechoría «como debe ser», con la cárcel, amén de tener que abonar al sumo sacerdote de los rayos catódicos, Polanco, ciento diez millones de pesetas. Ya era hora de que la justicia en este país se pusiera en marcha y demostrara con viril gallardía y sus doctos conocimientos en tan ardua tarea que hay que ser duro e inflexible con los anarquistas que intentan dinamitar uno de los pilares fundamentales de la convivencia de todos los españoles. Hoy todos debemos alzar nuestra copa más fina de champán y brindar porque al fin este «carlos» del terrorismo

audiovisual se vea entre rejas y pueda reflexionar allí de su crimen nefando y abyecto proceder. He de decir, sin embargo, y con todos los respetos, que me produce una dolorosa desazón esa condena de sólo cuatro meses, por cuanto considero que es a todas luces generosa y magnánima con quien según mi modesta opinión no merece otra cosa que el menosprecio general y la pena más alta. Me horroriza pensar que este ruín y perverso sujeto vuelva, una vez puesto en libertad, a piratear Canal Plus, con el consiguiente peligro de un cataclismo convencional al que todos los bien nacidos estaríamos expuestos. Es una pena que ya no seamos dueños de imperios coloniales

para expeditar con diligencia a Francisco José Rodríguez —así se llama el innoble y mísero usurpador— a una de esas islas del Pacífico, sin apenas vegetación ni agua, para que sean reptiles, insectos y arácnidos los verdugos que nuestra caridad cristiana nos impide ser. De la cuantía económica de la multa sí estoy más satisfecho y conforme, aunque si fuera un poquito más tampoco pasaba nada. Con ciento diez millones de pesetas, Canal Plus puede hacerse en los mercados internacionales de porno con un buen stock de cintas, e incluso dedicarse a la producción propia, pues no le falta experiencia e interés demostrado en tan sublime y aleccionador arte.

Doy gracias al cielo por haberme permitido vivir en este país en el que al fin resplandece no sólo la justicia y la verdad, sino esa atmósfera tan especial de preparaíso en donde uno ya puede atalayar la serena y beatífica luz que debieron ver Adán y Eva antes de la manzana y oír el trino de las avejillas que preludian el buen camino, en el que sin duda nos hallamos. Sólo falta, para que el goce sea orgásmico, tener todos y cada uno de nosotros el libro «El sistema», de nuestro queridísimo hermano Mario Conde, y poder leerlo con el amor y devoción con el que los chinos devoraban hace más de veinticinco años «El Libro Rojo» de Mao. Pronto será un «best-seller» y justo es

que así sea, ya que si Milton esperó a propósito a tener 40 años para escribir «El paraíso perdido», Conde ha seguido su ejemplo, aunque con algo de retraso, y a buen seguro nos elevará a las más altas esferas celestes con esta obra que ya, sin haberla leído, recomiendo encarecidamente a mis pocos pero selectos lectores. Enhorabuena a rufianes, alcahuetes, chantajistas, corruptos, cizañeros y otras gentes de mal. Habiendo «franciscos» entre rejas y «marios» en libertad, este país ya es un mastodóntico lupanar en donde, a falta de honradez, armonía y equidad, es claro y notorio que reina el estrépito, desafuero e impunidad.